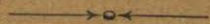


# LA SEÑORA FIRMIANI



Á SU QUERIDO ALEJANDRO DE BERNY

su consecuente amigo,

DE BALZAC.



Sin que el cuento pierda ninguna de sus gracias, puede ser narrado por todo el mundo, cuando la acción es tal que lleva en sí el artificio de la trama, porque abunda en lances chistosos, ó la casualidad se muestra pródiga en darle fuerza dramática, avivando con golpes inesperados el interés; unos lo narrarán en forma artística, otros sencillamente; pero hay, en cambio, pasos y escenas de la vida humana que sólo pueden reproducirse dando á la voz todos los matices del sentimiento; pormenores que llamaríamos anatómicos, cuya delicada expresión no puede grabarse sino manipulando hábilmente las ideas, y retratos que necesitan que los anime el alma, y que no tienen valor alguno sin los rasgos más sutiles de su movible fisonomía; en una palabra, hay cosas que no sabemos hacer ni decir si no sentimos el soplo de lo desconocido, que viene de la conjunción feliz de la existencia con los signos celestes, ó de otro modo, si no poseemos ciertas virtudes morales para ello. Necesarias eran, para contar esta historia sencilla, las revelacio-



nes misteriosas á que me refiero, y no estaría de más que la interpretasen algunos de esos espíritus soñadores y melancólicos que sólo se agitan en el ambiente suave y dulce de la emoción. Si el escritor, tan parecido al cirujano que aplica su ciencia á un amigo moribundo, mira con respetuoso interés al sujeto que trata, ¿por qué los mismos lectores no han de sentir este sentimiento inexplicable? ¿Acaso es tan difícil saturarse de la vaga y nerviosa tristeza que nos circuye, y que suele ser, por lo suave de sus sufrimientos, enfermedad grata? Cuando penséis en los seres queridos que han muerto; á la hora del crepúsculo, ó en el silencio de la noche, seguid la lectura de la historia que voy á contaros; siendo otra la disposición del ánimo, ya sé que dejaríais el libro. Es preciso que hayáis acompañado á una tía enferma y pobre á su última morada para comprender lo que sigue. Creerán unos que huelen estas páginas á almizcle, y á otros les parecerá que son como las de Florián, inexpresivas por lo pulcras. El lector, bueno es decirlo, debe haber gozado de la voluptuosa delicia que sienten los que lloran con lágrimas que fluyen á impulsos del corazón sensible, y haber sentido la pesadumbre silenciosa del recuerdo que pasa ligeramente mostrándonos la sombra impalpable de un ser adorado: ¡oh! sí, es necesario saber embriagarse con esos recuerdos dulces que, haciéndonos sufrir pensando en los que volvieron á la madre tierra, arrancan una triste sonrisa á nuestros labios. Y hechas estas advertencias, sabed, lectores, que el autor no espargará, por todas las riquezas de Inglaterra, en el campo de embustes de la poesía, para embellecer su narración. Es la que se cuenta una historia real, que bien merece, palabra, que pongáis á contribución todos los tesoros de la sensibilidad, si es que la tiene vuestro ser.

El vocabulario de nuestro idioma es hoy tan extenso como variedad de hombres existe en la gran familia francesa. Tanta verdad hay en esta afirmación, que resulta curioso y agradable oír las diferentes acepciones dadas á un mismo vocablo y la versión distinta que alcanza un hecho cualquiera explicado por un parisiense, cuando es un parisiense el llamado á popularizarlo.

Figurémonos, para concretar, que se pregunta á cualquier sujeto de los positivistas: «¿Conoce usted á la señora Firmiani?» Y el hombre describiría el carácter de la dama

con los rasgos siguientes: «Hermoso hotel situado en la calle de la Barca, salones regios, cuadros notables, renta de cien mil libras, sin gravamen, y un marido que era en otro tiempo procurador general del distrito de Montenotte». Y dicho esto, el positivista, señor cuadrado, grueso, casi siempre con ropa negra, hace una mueca de satisfacción constante, levanta su labio inferior hasta cubrir el superior, y mueve la cabeza á uno y otro lado, como si expresara: «He ahí gentes de peso y de las que nada se puede decir». No le preguntéis más nada. Los positivistas se expresan por números, y hablan de rentas y de los bienes que se poseen á la luz del día, frase que forma parte de su vocabulario.

Pregúntese al de la derecha, á ese que pertenece á la serie de callejeros desocupados, y contestará: «¿La señora Firmiani? ¡Ah, sí, vaya que la conozco! Como que asisto á sus reuniones. Recibe los miércoles: casa respetable». Y he ahí ya que la señora Firmiani se convierte en edificio, y que no se trata de un conjunto de piedras superpuestas arquitectónicamente, nada de eso: no, la palabra resulta, en boca de estos paseantes, idiotismo intraducible. El tal hombre, seco, de agradable sonrisa, de conversación superficial, pero entretenida, con más erudición que talento, habla al oído y dice intencionadamente: «Nunca he tropezado con el señor Firmiani. Sus ocupaciones conocidas consisten en la administración de bienes que posee en Italia; pero la Firmiani es francesa y gasta sus rentas como si fuese parisiense. El té que ofrece es excelente. Se trata de una de las casas, rarísimas hoy, donde puede uno divertirse y donde todo cuanto se da es exquisito. ¡No crea usted que es tan hacedero el conseguir la presentación! Como que lo más granado de la sociedad frecuenta sus salones». Y dicho esto, y á guisa de comentario, toma gravemente un polvo de rapé; absórbelo pausadamente y parece indicar: «Yo soy visita de la casa, pero no confíe usted en que le presente».

Posee la señora Firmiani, para los desocupados, algo así como una posada, sin muestra que lo indique.

—¿A qué diablos vas á ir á casa de la Firmiani? Lo mismo se aburre uno allí que en el patio de su hogar. ¿Para qué tener talento, si no sirve para huir de salones donde se leen baladas sentimentales?



Esta respuesta la da uno de los amigos clasificados entre los ergotistas, que desearían guardar el universo entero bajo llave y que nada se hiciera sin su permiso. Les hacen daño todas las satisfacciones ajenas y no perdonan sino á los viciosos, á los que caen, á los enfermizos, tratando de figurar siempre como protectores. Aristócratas por su índole, dan en el partido republicano por despecho, y sólo porque así creen hallar gentes de más baja y humilde condición en sus círculos.

—¡Oh! la señora Firmiani, querido, es una de esas mujeres adorables, de que se vale la naturaleza para hacerse perdonar el error de haber creado á las feas. ¡Es encantadora! ¡Es buena! Si me gustaría llegar al poder, y ser príncipe, y disfrutar de millones, sería para... (*Aquí dos ó tres frases dichas al oído.*) ¿Quieres que te presente?

Es este joven de la clase de los escolares, conocido por su atrevimiento en público y su excesiva timidez á puertas cerradas.

—¿La señora Firmiani?—añade otro dando vueltas al junquillo.—Te diré lo que pienso de ella: mujer de treinta á treinta y cinco años; cara que ha perdido su frescura; ojos bellísimos; talle vulgar; voz de contralto gastada; mucho ringorrango; no poco coloreté, y formas distinguidas, eso sí: en suma, querido, ruinas de una hermosa mujer, que vale, no obstante, la pena de que uno se enamore aún.

Este juicio es de uno que pertenece al género de los fatuos que acaban de almorzar, que no mide el alcance de sus palabras, y que se prepara á montar á caballo. En tales circunstancias los fatuos son implacables.

—Posee una galería de cuadros magníficos—os contesta otro.—No he visto nada tan bello.

Os habéis dirigido á uno de los aficionados al arte. El tal os deja para ir á casa de Perignón ó á casa de Tripet. Para él la señora Firmiani no es más que una colección de telas pintadas.

UNA MUJER.—¿La señora Firmiani? Os prohibo ir á su casa.

En esta frase está la más preciosa de las interpretaciones. ¡La señora Firmiani! ¡mujer peligrosa! ¡una sirena! sabe presentarse y tiene buen gusto; quita el sueño á las damas. La interlocutora pertenece al género de las chismosas.

UN AGREGADO DE LA EMBAJADA.—¡La señora Firmiani!

¿No es de Anvers? La he visto hace diez años, y estaba muy hermosa por cierto. Vivía entonces en Roma.

Los que pertenecen á esta clase tienen la monomanía de soltar frases á lo Talleyrand, y su ingenio es á lo mejor tan sutil, que se disimulan muy bien las argucias de que se valen: se parecen á esos jugadores de billar que salvan diestramente los retruques. Generalmente, hablan poco, pero cuando hablan citan á España, á Viena, á Italia y á San Petersburgo. Los nombres de los países extranjeros son para esos señores como resortes: apretad en ellos y oiréis todo un repique.

—¿No se ve mucho á esa señora Firmiani por el barrio San Germán?—Dice esto una persona que trata de pasar entre el grupo de las distinguidas. Concede el *de á* todo bicho viviente; al primogénito de los Dupin, al señor Lafayette; lo suelta á diestro y siniestro, y lejos de honrar, agravia con ello á las gentes. Pasa su vida preocupándose de si una cosa está ó no está bien; pero, para martirio suyo, continúa en el Marais y su marido fué procurador, y para colmo, abogado de la corte real.

—¿La señora Firmiani, caballero? Pues no la conozco.—Éste pertenece á la esfera de los Duques. No reconoce sino á las mujeres que se han presentado entre los aristócratas. Puede perdonársele; le proclamó duque Napoleón.

—¿La señora Firmiani? ¿No se trata de una antigua cantante de los Italianos?—Hombre que pertenece al género de los simples. Estos individuos tienen respuesta para todo. Calumnian antes que darse por vencidos.

DOS SEÑORAS VIEJAS (*mujeres de magistrados que han obtenido su jubilación*). LA PRIMERA. (Lleva una capota con varios frutos y semillas, y tiene cara rugosa, nariz puntiaguda, voz dura; lleva devocionario.)—¿De dónde sale esa señora Firmiani?—LA SEGUNDA. (Cara pequeña, colorada, voz dulce.)

—Una Cadiñán, querida, sobrina del viejo príncipe Cadiñán, y prima, en consecuencia, del duque de Maufrigneuse.

La señora Firmiani es una Cadiñán. Y aunque no la adornase mérito alguno, ni poseyera fortuna, ni brillara por su juventud, sería siempre una Cadiñán, preocupación ésta indestructible por la fuerza con que influye entre nosotros.

UN ORIGINAL.—Querido, no he visto nunca zuecos en la antesala; puedes ir á su casa sin comprometerte, y jugar sin miedo, porque si hay tahures, cuenta con que son gentes de calidad; y no haciendo caso, no se riñe.



VEJO DEL GÉNERO DE LOS OBSERVADORES.—Va usted á casa de la Firmiani y encuentra allí una dama linda, perezosamente acomodada junto á la chimenea. Pocas veces verá usted que se levante de su sillón; como que no lo abandona sino para recibir á las mujeres, á los embajadores, á los duques, á las personas de distinción. Es muy graciosa, encantada, tiene una conversación discreta y le gusta hablar de todo. Parece que es muy apasionada; pero se le señalan demasiados adoradores para que pueda distinguirse ninguno de ellos como favorecido. Si no recayesen las sospechas más que en dos ó tres íntimos, sabríamos quién era el caballero andante; pero la envuelve el misterio con velo impenetrable; está casada y no se ha visto jamás á su esposo; el señor Firmiani es decididamente un personaje fantástico, que se parece al tercer caballo que paga uno siempre que va en silla de postas y que, sin embargo, no se distingue por ninguna parte; si se cree á los artistas, la tal señora es la primera contrafo de Europa, y á pesar de ello no cantó tres veces desde que vino á París; recibe á mucha gente y no concurre á casa de nadie.

Habla el observador como los profetas. Es preciso tragar sus palabras, sus anécdotas, sus citas, lo mismo que si fuesen verdades como templos, so pena de que pase uno por hombre mal educado y de escasos recursos. Os calumniará jovialmente en veinte salones distintos, donde es insustituible, como lo es una pieza en los carteles de teatros, y que como es lo primero del programa, suele representarse á menudo para las butacas, con todo y haber obtenido brillantes éxitos en tiempos pasados. El observador frisa con los cuarenta, no come en su domicilio, y asegura que no es peligroso para las damas; está ya canoso; viste color marrón y no le falta sitio en diferentes palcos de los Bufos; se le confunde alguna vez con los parásitos, pero ha desempeñado altos puestos y no cabe la sospecha de que sea un gorrón; posee no se sabe qué tierras en una provincia que no ha nombrado en su vida.

—¿La señora Firmiani? Ha sido querida de Murat.—El que dice esto pertenece á los tipos que encarnan el espíritu de contradicción. Son unos que pillan las *erratas* de todas las memorias, rectifican todos los acontecimientos, y apuestan siempre ciento contra uno, porque están seguros de cuanto hablan. Se les coge durante la velada en flagrante

delito de ubicuidad; afirman que se hallaban en París cuando la conspiración Mallet, y olvidan que una hora antes acababan de pasar el Beresina (1). Casi todos son caballeros de la Legión de honor, hablan recio y son puntos fuertes en el juego.

—¿Cien mil libras de renta la señora Firmiani? Pero ¿está usted loco? Ciertamente, hay muchos que os dan cien mil libras de renta con la esplendidez de los autores á quienes no cuesta mucho la dote de sus heroínas. La Firmiani es una coqueta que últimamente arruinó á cierto joven, privándole de hacer un casamiento ventajoso. Fortuna que es bella, que si no, contemos que no tendría un céntimo.

Pues éste, bien le habréis conocido, pertenece á la pandilla de los envidiosos, y no dibujaremos ninguno de sus rasgos. Resulta ya la especie excesivamente conocida. Imposible explicarse que la envidia sea perdurable, tratándose de un vicio que no reporta ningún provecho.

Tantas fueron las opiniones de las gentes de alto rango, de los escritores, de las personas honradas, de las de todas las esferas, que se pregonaron en 1824 á propósito de la señora Firmiani, que sería ocioso consignarlas aquí. Nuestro objeto no ha sido más que demostrar que si alguien se empeñara en conocerla, sin querer ó poder visitarla, creería con igual motivo que era viuda ó casada, necia ó inteligente, virtuosa ó casquivana, rica ó pobre, sensible ó sin corazón, hermosa ó fea; existían, en suma, tantas Firmianis, como clases en la sociedad y como sectas en el catolicismo. ¡Horrible idea es la de que seamos todos á la manera de planchas litográficas, que aprovecha la murmuración para sacar infinito número de copias, que se parecen al modelo ó se diferencian por ciertos matices hasta tal punto imperceptibles, que nuestro buen nombre pende, salvo las calumnias de los amigos y los aplausos de un periódico, de la comparación hecha entre la Verdad que va cojeando y la Mentira á quien da el espíritu parisiense alas para volar.

Como la señora Firmiani se parecía á muchas señoras nobles que se hacen fuertes en su orgullo, y encerrándose en el santuario de su corazón desdennan los convencionalismos sociales, es posible que la juzgara con bastante ligereza

(1) Río de Rusia, célebre por el paso del ejército francés el 26 de noviembre de 1812. (N. del T.)



el señor de Bourbonne, un propietario de arraigo que estuvo adquiriendo informes suyos durante el invierno de aquel año. Daba la casualidad que el hombre pertenecía á la clase de los hacendados de provincias, gentes acostumbradas á tomarlo todo en cuenta y razón y á tratar con los campesinos, y en este oficio se adquiere una perspicacia inconsciente, como ocurre al soldado que á la larga es valiente por hábito y rutina. Venía el curioso de la Turena, y no pudo menos de chocar con el lenguaje que usan las gentes de la capital; érase un hidalgo muy respetado, y tenía, como único y universal heredero, un sobrino para quien plantaba sus chopos. El cariño, poco corriente, que le profesaba, daba pie á gran número de chismes que solían comentar con muy agudo ingenio los del Tourangeau; pero no es del caso repetirlos aquí, porque pierden su gracia y su viveza comparándolos con los enredos de la murmuración parisiense. Cuando puede vivir un hombre sin disgustar á su heredero, contemplando cómo embellecen cada día largas hileras de álamos sus huertas, afirmase y sube el afecto á cada hachazo que da en el tronco de sus árboles. Convengo en que es poco común este fenómeno de sensibilidad; pero afortunadamente aun se dan casos en la Turena.

Este sobrino adorado, que se llamaba Octavio de Camps, era descendiente del abate de Camps, tan conocido entre bibliófilos ó entre sabios, que no es la misma cosa. Tienen los provincianos la mala costumbre de censurar á los jóvenes que enajenan sus patrimonios, reprobando discretamente su conducta. Esta preocupación florentina perjudica al agiotaje que por necesidad fomenta el gobierno. Sin consultarlo con su tío, había dispuesto impensadamente de una de sus tierras á favor de la banda negra. Hubiérase demolido el castillo de Villaines á no ser por las proposiciones que el tío en cuestión hizo á los representantes de la compañía de Marteau. Y para que su cólera aumentase, un amigo de Octavio, pariente lejano, uno de esos primos de pobres recursos, pero dotados de fina habilidad, de quienes los prudentes de la provincia dicen: «no me gustaría tener pleitos con él», fué un día á casa de Bourbonne y le notificó la ruina de su sobrino. El señorito Octavio de Camps se vio obligado, luego que dispó su fortuna por cierta señora Firmiani, á dar lecciones de matemáticas, mientras esperaba la herencia de su tío, á quien no se atrevía á confesar los

yerros cometidos. El tal primo, especie de Carlos Moor, no tuvo empacho en comunicar tan fatales noticias al rústico, precisamente cuando estaba digiriendo, á la lumbre del hogar, una comida abundante, tal como se come en los pueblos. Sólo que ocurre que los herederos no dan tan fácilmente como se figuran ó desean en el blanco para aterrar al tío. Por ser muy terco éste de que se trata, que se obstinaba en no creer lo que le decía su pariente, triunfo de la indigestión que pudiera producirle el relato. Hay golpes que son mortales porque dan en el corazón ó en la cabeza; y ocurrió con el que preparó el primo, que, como diera en las tripas, no produjo efecto: aquel hombre tenía el estómago á prueba de emociones. Discípulo en estas cosas de santo Tomás, trasladóse á París sin saberlo Octavio, y procuró enterarse acerca de la bancarrota de su sobrino. Pero el noble hidalgo oyó contar tantos chismes, entre sus relaciones del barrio San Germán, y los Listomeres, los Lenoncourt y los Vandenesse le armaron tal enredo de cosas ciertas y dudosas, que resolvió hacerse presentar á la señora Firmiani, con el nombre de Rouxellay, oriundo de su tierra. Prudente como era el viejo, había escogido cuidadosamente, para estudiar á la supuesta querida de Octavio, una noche en que el sobrino había de dedicarse á una labor productiva; puesto que el amigo de la señora Firmiani entraba en su casa á todas horas y según su capricho, circunstancia que no se podía explicar nadie. Por lo que toca á la ruina del muchacho, bien vió que no se trataba de invención ninguna.

No se parecía, con todo y su procedencia, el señor Rouxellay á uno de esos tíos que ofrecen á la burla los autores en el teatro. Mosquetero de los veteranos, hombre de ameno trato, bien relacionado en su época, sabía presentarse cortésmente, recordaba el modo de ser galante, decía frases deliciosas y no hacía ascos á la Constitución. Adoraba á los Borbones ingenuamente, creía en Dios como creen los hidalgos de rancio abolengo, y no leía más que el *Diario*; pero no caía con estas exageraciones tan en lo ridículo como deseaban los liberales de su provincia. Pudiera desempeñar los deberes de su rango entre los cortesanos á condición de que no se le hablase de *Mosé*, ni de dramas, ni de romanticismo, ni de la época, ni de los ferrocarriles. No había pasado más allá de lo dicho por Voltaire, por el conde Buffón, por Peyronnet, por el caballero Gluck, músico favorito de la reina.



—Señora—dijo á la marquesa de Listomere que llevaba del brazo al entrar en casa de la Firmiani,—si es cierto que esta mujer resulta la querida de mi sobrino, le compadezco. ¿Cómo es posible que viva ella con este lujo, si sabe que está arruinado él? ¿No tiene corazón esa dama? Octavio es tan loco que ha valorado su castillo de Villaine por una...

Pertenecía el caballero Bourbonne al género fósil, y por tanto, no conocía otro vocabulario que el de los antiguos.

—¿Y si hubiera perdido su fortuna en el juego?

—Señora, por lo menos habría tenido el placer de jugar.

—¿Cree usted, entonces, que en la supuesta catástrofe no ha gozado? Mire usted, ahí está la señora Firmiani.

Borráronse del alma del viejo los recuerdos más dulces de su juventud en cuanto vió á la dama. Toda su rabia se perdió en una frase que recordaba su pasada galantería. La señora Firmiani, por una casualidad de esas que, no obstante, vienen con frecuencia en ayuda de las mujeres bonitas, se presentaba en uno de esos momentos en que los encantos femeniles relucen esplendorosamente, acaso por influjo de la luz, por el tocado sencillo, que se escoge con fortuna, por no sé qué reflejo, en fin, de la elegancia que la rodeaba. Es preciso haberse penetrado de los cambios que ofrece toda una velada en cualquier salón de París, para distinguir las tintas imperceptibles que pueden colorear el rostro de una dama, y darle aspectos distintos. Hay instantes en que, satisfecha de sus adornos, sintiéndose adorable, dichosa de ser la reina entre tantos hombres notables que le sonríen y halagan, y despertando á su paso murmullos de admiración, la parisiense está convencida de que es hermosa, de que se impone á todo el mundo por su gracia. Y ocurre entonces este fenómeno: que aumenta su hermosura animándola con la satisfacción que recoge de tantos ojos como la devoran, y que todo aquel pleito homenaje que silenciosamente se le rinde lo ofrece á través de sus miradas nobles á su bien amado. La mujer, en estos casos, es algo así como una maga, revestida de poderes sobrenaturales; coqueta, á pesar suyo, sin pretenderlo, inspira involuntariamente el mismo amor que á ocultas de todos la embriaga, y prodiga miradas y sonrisas fascinadoras. Y si este resplandor sublime, que refleja el alma en el rostro, concede atractivos irresistibles hasta á las que son feas, ¿cuánto más esplendorosamente no iluminará á quien posee formas distinguidas, y es elegante, y rubia, y

fresca, y que sobre eso tiene ojos divinos, habladores, y se presenta con tal gusto que merece aplauso de los artistas y de las rivales más temibles?

¿Por ventura, han tropezado ustedes con persona en quien la armonía de la voz dé á la palabra un encanto á proporción del que usa en sus modales, que sabe hablar y callarse á tiempo, que alude á su interlocutor con delicada cortesía, y cuyo lenguaje es escogido y puede decirse puro? Cuando se burla acaricia, y sus sátiras no ofenden; no peiora ni discute, pero le gusta dirigir cualquier conversación, y la corta, dándole un sesgo admirable, en el extremo oportuno. Su gesto es afable, su sonrisa perenne, su cortesía nada tiene de superficial, y la solicitud con que atiende á todos no puede ser motejada de servil; procura encerrar su ademán respetuoso en parecer una sombra ligera; no fatiga á nadie con su trato, y al cabo de la entrevista deja á su huésped contento no sólo en lo que á ella se refiere, sino de sí mismo. Impresa está la donosura de su carácter en todo cuanto la rodea. No hay objeto que no recree la vista, y en torno suyo respira el visitante como si tragase el ambiente de su patria. Hay tanta naturaleza en su ser, que no se descubre ningún rasgo violento, no hace ostentación de sus virtudes, y sus sentimientos son sugestivos, ni más ni menos que por ser verdaderos. Tal es su franqueza y tan delicadamente la utiliza, que no hiere á nadie en su amor propio; acepta á las criaturas como Dios las hizo, compadeciendo á los malos, perdonando los defectos ridículos, dando á cada edad lo suyo, y no incomodándose por lo más mínimo, puesto que le sobra tacto para preverlo todo. Tierna á la vez y alegre, antes de consolar cualquier amargura, ya deja al triste agradecido á sus desvelos y á su interés. Si este ángel cometiera un delito, tanto es lo que se le adora, que no hay quien no se incline á disculparlo. ¿Habéis visto una mujer así, que reúna estas condiciones? Pues conocéis ya á la señora Firmiani.

No pasó un cuarto de hora desde que el viejo Bourbonne, sentado cerca de esta dama, hablase con ella, sin que su sobrino quedase totalmente absuelto. Comprendió él que, falsos ó verdaderos, los lazos que unían á Octavio y á la señora Firmiani eran misteriosos. Remozándose en las ilusiones de su juventud, y juzgando el corazón de la Firmiani por su belleza, el noble hidalgo pensó que no podía



suponerse ningún acto reprobable en mujer que en tal alto grado parecía penetrada de su propia dignidad. Lefase en sus ojos negros de tal modo la serenidad de su espíritu, eran tan dulces las líneas de su rostro, el perfil tan puro, y tan ligera debía ser la carga de la pasión que se le echaba en cara, que el provinciano se dijo, midiendo el alcance de lo que prometía al amor y á la virtud tan simpática fisonomía: «¿Cómo si lo viese! Mi sobrino habrá hecho alguna barbaridad.»

La señora Firmiani confesaba veinticinco años. Pero los positivistas pretendían que, habiéndose casado á la edad de diez y seis, en 1813, no contaba menos de veintiocho en 1825. También afirmaban los mismos que en ninguna otra época de su vida fué tan apetecible ni tan mujer. No tenía hijos ni los tuvo jamás. El problemático Firmiani, octogenario muy respetable en 1813, no había podido ofrecerle, según se decía, más que su nombre y su fortuna. La señora Firmiani se hallaba, pues, en la edad más á propósito para que la parisiense se enamore, ó lo desee inocentemente en sus horas de abandono; poseía todo cuanto la sociedad vende, ó da, ó presta; los agregados de embajada pretendían que no ignoraba lo más mínimo; los opositoristas, que podía aún aprender no poco; los observadores encontraban sus manos muy blancas, sus pies muy lindos, y los movimientos del talle algo ondulados; pero unos y otros, toda clase de individuos, envidiaban y deseaban arrebatar su dicha á Octavio, conviniendo que se trataba de la mujer más elegantemente hermosa de París. Joven aún, notable artista en música, con talento, delicada, recibida, en gracia á los Cadiñán, rama á que pertenecía por su madre, en los salones de la princesa de Blamont-Chauvry, que era algo así como el oráculo del noble barrio, respetada de sus rivales la duquesa de Maufrigneuse su prima, la marquesa de Espard y la señora de Macumer, halagaba esta dama cuantos sentimientos alimenta ó excita el amor. Era demasiado deseada para que no la hiciesen víctima de la fina murmuración que priva en los salones de París, y de la calumnia zumbona y sutil murmurada ingeniosamente y ocultando los labios que la divulgan con el abanico ó en picarescos apartes.

Necesarios eran, pues, los datos que van expuestos para presentar á la verdadera Firmiani en contraposición al retrato que corría de boca en boca. Si es verdad que algunas mujeres le perdonaban su suerte, en cambio otras no se

conformaban con que fuese tan noble; además, no hay nada tan terrible, sobre todo en esta Babel, como las sospechas que no tienen fundamento alguno: imposible destruirlas. Este trazo que aquí se presenta, como copia del natural, pero de busto tan admirable, no dará sino débil idea de lo que era el modelo; necesitaríase el pincel de los Ingres para dibujar aquel aire severo de la frente, aquella artística profusión de cabellos, aquella mirada majestuosa, y todos los matices que animan la faz. No faltaba rasgo ni belleza en el tipo de tal mujer. Podían confundirla á un tiempo los poetas con Juana de Arco y con la Sorel; pero se descubría también á los ojos perspicaces, la mujer ignorada, el alma oculta bajo la apariencia engañosa de la carne, el alma de Eva, las riquezas del mal y los tesoros del bien, la falta y la resignación, el crimen y el sacrificio, doña Julia y Haidée del *Don Juan* de lord Byron.

A trueque de pecar de impertinente, el jubilado mosquetero fué de los últimos en retirarse. La señora Firmiani lo encontró sentado con mucha tranquilidad en un sillón, y al parecer tan pegadizo como mosca que es preciso aplastar para que no siga molestándonos. Eran ya las dos de la madrugada, si había que creer á la esfera del reloj.

—Señora —dijo el hidalgo cuando vió que se levantaba la señora Firmiani como para que comprendiese su huésped con cuánto gusto le vería partir. —Señora, aquí donde usted me ve, soy el tío del caballerito Octavio de Camps.

La dama volvió á sentarse apresuradamente y no disimuló la emoción con que había oído las últimas palabras. Pero de nada le sirvió al plantador de chopos su perspicacia para comprender si la Firmiani había palidecido porque la revelación la inundase de placer ó la llenara de vergüenza. Hay goces que no salen al exterior si no es pudorosa y medrosamente, y cuyas emociones, que son deliciosísimas, quisieran sentir sin revelarlas, hasta los seres que, por lo castos, nada tienen que reprocharse. Cuanto más delicada es una mujer, mejor oculta los goces de su alma. Muchas de ellas, á quienes no es posible juzgar en gracia á lo divino de sus antojos, desean que se pronuncie á menudo un nombre que quisieran sepultar muy hondo, en lo profundo del corazón. El viejo Bourbonne no interpretó enteramente así la turbada actitud de la señora Firmiani; pero puede perdonarsele: era el campesino en extremo desconfiado.



—¿De modo, señor...?—dijo la Firmiani, acompañando la pregunta con una de esas miradas lúcidas, claras, en que nada podemos descubrir los hombres porque, al fin y á la postre, nos preguntan demasiado.

—De modo, señora, que no sabe usted lo que han venido á decirme en el retiro de mi provincia. Que mi sobrino se ha arruinado por usted; que vive el pobre en una buhardilla, mientras que, según veo, usted nada en la abundancia, entre oro y seda. Perdóneme esta ruda franqueza, pero me parece oportuno advertirle que corren ciertas especies calumniosas...

—No siga usted, caballero—interrumpió la señora Firmiani con mirada y gesto imperativos.—sé cuanto va usted á decirme. Le tengo á usted por muy discreto, para que no interrumpa en ese punto la conversación, atendiendo á mis súplicas, y por muy galante (galante según la acepción que daban los viejos á esta palabra)—añadió imprimiendo á la voz un tono ligero de ironía—para no reconocer que no le asiste derecho alguno en cuanto á mí se refiere. Creo, además, ridículo el justificarme. Deseo que forme usted buena opinión de mi carácter, y entonces verá cuán profundo desprecio me inspira el dinero, no obstante y haberseme casado, pobre como era, con hombre inmensamente rico. Ignoro si su señor sobrino posee ó no medios de fortuna, y si bien le he recibido en mi casa y continuó recibéndole, es porque le considero digno de contarse entre el número de mis predilectos. Todos mis amigos se respetan, caballero; saben que no sé disimular bastante para rozarme con los que no estimo; falta de caridad es esto, si usted quiere; pero mi ángel guardián me ha mantenido siempre apartada de la chismografía y de la falta de honradez.

Las primeras palabras de esta réplica acusaban ligera alteración en el acento; pero pronunció la señora Firmiani las últimas con el aplomo de Celimena burlándose del misántropo.

—Soy, señora—repuso el conde con voz conmovida,—soy, digo, viejo, y casi casi el padre de Octavio. Pido mil perdones, pues, por cierta pregunta que voy á hacer, y doy mi honrada palabra de hidalgo que la contestación no saldrá de aquí—señalándose al corazón.—¿Es verdad lo que se murmura? ¿es verdad que ama usted á Octavio?

—Si se tratase de otro, caballero, le contestaría con una

sola mirada; pero á usted, ya que es usted poco menos que el padre del señor Camps, le pregunto qué pensaría de una mujer que contestase: sí. Confesar nuestro amor á quien adoramos, cuando él nos quiere... eso... bueno: cuando la mujer está segura de ser amada siempre, contestar tal es para nosotras un esfuerzo que hacemos y que á él le sirve de recompensa; pero ¡á otro!...

La señora Firmiani no concluyó la frase; levantóse, saludó al buen hombre y desapareció hacia lo interior de sus habitaciones, cuyas puertas, que se iban sucesivamente abriendo y cerrando, fueron á modo de lenguaje expresivo para el agricultor.

—¡Mil pestes!—pensó el viejo.—¡Vaya con la mujer! O es una comadre muy astuta, ó es un ángel.

Y ganó su coche, cuyos caballos piafaban en el silencioso patio. El cochero dormía, después de haber renegado innumerables veces de su parroquiano.

A la mañana siguiente, poco menos de las ocho, subía el lugareño por la escalera de una casa situada en la calle de *Observance*, donde vivía Octavio de Camps. Si había en el mundo un hombre verdaderamente pasmado, era sin duda el joven profesor, que no volvía de su asombro viendo que se le metía en casa su tío: la llave estaba en la puerta, y la lámpara ardía aún, indicando que allí se había pasado la noche en vela.

—Señor gracioso—dijo Bourbonne, sentándose en una silla,—¿desde cuándo es uso reirse (estilo atildado) de los tíos que poseen veintiséis mil libras de renta en hermosísimas é inmejorables tierras de la Turena, siendo su heredero? ¿Ignora usted que en otra época nos merecían tales parientes el más profundo respeto? Veamos, caballero: ¿tienes algo que reprocharme? ¿he desempeñado mal mi papel de tío? ¿te he exigido que me respetes? ¿te he negado alguna vez mi dinero? ¿te he dado con la puerta en las narices por si venías ó no á husmear el estado de mi salud? ¿no tienes el tío más campechano, menos pesado y gravoso de toda Francia? Y no digo de Europa porque fuera exagerada presunción. Me escribes ó no te acuerdas de mí, según tu gusto, y yo vivo tranquilamente no obstante, confiadísimo en la fe jurada, arreglándote la tierra más linda del país, un patrimonio que es la envidia del mundo entero y que yo no deseo dejarte para que la disfrutes sino lo más



tarde posible. ¿Y qué? ¿acaso semejante veleidad no merece excusa? Entretanto, el señor va y vende su hacienda, vive como un lacayo, y no tiene servidumbre, ni tren de casa...

—Querido tío...

—No se trata del tío, sino del sobrino. Derecho tengo á merecer tu confianza, y por tanto canta pronto, es lo más fácil, y lo digo porque me sobra experiencia. ¿Has jugado? ¿has perdido á la bolsa? Vamos, hombre; dime: «Tío, soy un miserable», y te abriré los brazos. Pero si me aturdes con una mentira más grande que las que yo inventaba á tu edad, vendo mis tierras, las convierto en rentas vitalicias y vuelvo á mis costumbres de joven, si es tiempo y posible aún.

—Tío...

—Ayer vi á tu señora Firmiani—siguió el tío, doblando la punta de sus dedos y agrupándolos en forma de haz.—Es encantadora. Tienes la aprobación del rey y su regio privilegio, y el beneplácito de tu tío, si es que de algo te sirve. En cuanto á la sanción de la iglesia, cosa inútil, según creo, porque sin duda los sacramentos cuestan ahora un ojo de la cara. Vamos, habla; ¿te has arruinado por ella?

—Sí, tío.

—¡Vaya con la picara! Lo hubiese apostado. En mi tiempo las cortesanas eran más hábiles para arruinar á un hombre, que no las de hoy. He reconocido en ella el siglo pasado rejuvenecido...

—Se equivoca usted, tío—repuso Octavio con aire dulce y triste á la vez.—La señora Firmiani es digna de su estimación y de todos los respetos de sus admiradores.

—¡Oh, pobre y loca juventud, siempre serás la misma! Ea, continúa tu camino; repítame las divertidas historias del amor; pero conste, y debes saberlo, que no estoy pasado de moda en el arte de la galantería.

—Aquí tiene usted, mi buen tío, una carta que lo explicará todo—replicó Octavio sacando una cartera elegante, regalo de *ella*, sin duda.—Cuando la tenga usted leída, acabará el retrato y conocerá usted una señora Firmiani que no conocen los demás.

—No llevo mis anteojos, léemela tú.

Octavio empezó así: «Mi querido amigo...»

—¿Estás, pues, muy ligado á esa mujer?

—Sí, tío.

—¿Y no os habéis malquistado aún?

—¿Reñir?...—dijo Octavio con admiración.—Nos casamos en Greatna-Green.

—Entonces ¿cómo es que gastas cuarenta sueldos para tu plato?

—Déjeme usted continuar.

—Es razonable; te escucho.

Octavio volvió á la lectura y no pudo recordar ciertos pasajes sin que se reflejara la más viva emoción en su rostro.

«Mi esposo adorado: me preguntas el motivo de mi tristeza; ¿es que ha subido del alma al semblante, ó es sólo que tú la adivinas? ¿por qué no esto último? ¡Se identifican de tal manera nuestros corazones! Además, no sé mentir, y acaso esto es una desgracia. La mujer debe mostrarse siempre alegre y cariñosa; debería yo engañarte, sin duda; pero no lo quiero, ni lo haría, aunque se tratase de sostener ó de aumentar la dicha que me concedes, que me prodigas, con que me abrumas. ¡Oh, querido! ¡Y cuánta gratitud se encierra en mi cariño! Quiero amarte siempre y sin límites. Sí, quiero estar siempre orgullosa de ti. Nuestra gloria está para nosotras, enteramente en aquel á quien adoramos. Estimación, respeto, honra, ¿no lo tiene todo quien todo lo ha tomado? Pues mira, mi ángel me ha abandonado. Sí, querido; tu última confidencia ha empañado mi felicidad perdida. Desde ese momento, siéntome humillada en ti, en ti á quien yo miraba como el más puro de los hombres, de igual modo que eres el más amante y el más tierno. Es preciso que yo tenga mucha confianza en tu corazón, ingenuo y candoroso aún, para hacerte una confesión que me cuesta mucho. ¡Cómo, mi pobre ángel, tu padre ha robado su fortuna, lo sabes tú, y la conservas! ¡Y acabas de contarme ese valiente lance, en una cámara llena de mudos testimonios de nuestro amor, y eres hidalgo, y te crees noble, y me posees, y tienes veintidós años! ¡Cuántas monstruosidades! He pretendido buscar disculpas para ti, atribuyendo tu indiferencia al aturdimiento de la juventud. Me consta que tienes no poco de criatura. Quizás no has pensado todavía seriamente en lo que valen la fortuna y la honradez. ¡Ay, y qué daño me ha hecho tu risa! Piensa, amigo mío, que existe una familia arruinada, siempre llorosa; jóvenes que te maldicen, probablemente, cada día; un anciano que repite todas las noches:



«No me faltaría al acostarme un pedazo de pan si el padre de ese señor de Camps no hubiese sido un bribón.»

—¡Cómo!—interrumpió Bourbonne—¿has cometido la simpleza de contar á esa dama el asunto de tu padre con los Bourgneuf? Las mujeres entienden más de devorar una fortuna que de amasarla...

—Ellas se entienden en punto á probidad. Déjeme usted que continúe, tío.

«Octavio, ningún poder del mundo tiene fuerza ni autoridad para destruir el lenguaje del honor ó alterarlo; recógete en tu conciencia, y pregúntale qué palabra es la propia para nombrar la acción á que debes el oro de que disfrutas.»

Y el sobrino miró al tío, quien humilló la cabeza.

«No te expondré todos los pensamientos que me anonadan; pueden reducirse á uno solo, y es el que te comunico: no puedo yo estimar al hombre que se mancha á sabiendas por una suma de dinero, cualquiera que sea la cantidad. Lo mismo deshonoran cien sueldos robados en el juego, que seis veces cien mil francos debidos á un fraude legal. Quiero decirte todo: me considero contaminada por el amor que antes constituía toda mi ventura: se levanta de lo íntimo de mí ser una voz de reproche, y toda mi ternura es impotente para ahogarla. ¡Cómo he llorado, si vieses, porque tengo más conciencia que cariño! Si cometieras un crimen, te ocultara yo, si pudiera, en mi seno para librarte de la justicia humana; pero mi abnegación ya no iría más lejos. El amor, ángel mío, consiste para la mujer en la confianza más ilimitada, unida á no sé qué necesidad de venerar, de adorar al ser á quien pertenece. No comprendí nunca el amor, sino siendo como llama en que se purifican todos los sentimientos, hasta los más nobles, fuego que los perfecciona. Con decirte lo siguiente, basta: ven á mí pobre, y mi amor se centuplicará, si es posible; si no, renuncia á mí. Si no te vuelvo á ver, sé lo que me espera. Pero mira que no quiero, óyelo bien, que restituyas, porque yo te lo aconsejo. Consulta detenidamente con tu conciencia. No ha de ser ese acto de justicia como un sacrificio inmolado en aras del amor. Soy tu esposa, y no tu querida; no se trata de halagarme, sino de que yo sienta por ti la estimación más profunda. Si me equivoco, si tú has explicado mal la conducta de tu padre, en fin, por poco que creas tu fortuna legítima (¿cuánto daría yo por convencerme de que no mereces recri-

minación ninguna!) decide, escuchando la voz de tu conciencia, obra bien y por tu propia iniciativa. El hombre que ama sinceramente, como tú me amas, respeta demasiado todo cuanto su mujer le entrega de santidad para que su sacrificio no sea ímprobo. Ahora condeno lo que llevo escrito; sin duda bastaba una palabra, y mi instinto de predicador me ha sugestionado. Por castigo, quisiera verme reñida, no muy fuerte ¿eh? un poquitín. ¿Entre los dos, querido, no representas tú el poder? Pues tú solo debes notar tus faltas. ¿Qué tal, señor, dirás todavía que yo no entiendo palabra de política?»

—¿Qué le parece á usted, tío?—preguntó Octavio con los ojos arrasados en lágrimas.

—Aun veo más escrito, acaba.

—¡Oh! lo que queda no son más que nonadas de esas que sólo debe leer el amante.

—Bien—replicó el viejo—bien, hijo mío. Yo he sido lo que se llama hombre afortunado en mis mocedades; y te suplico que creas que también he amado, *et ego in Arcadia*. Lo que no me explico yo es por qué das lecciones de matemáticas tú.

—Querido tío, soy su sobrino de usted. ¿No es esto decirle que había yo hecho un pequeño corte al capital de mi padre? Después de leer esta carta se ha operado en mí toda una revolución, y he pagado en un momento el atraso de mis remordimientos. No podré describirle jamás el estado de mi ánimo. Guiando mi cabriolé por el bosque, me gritaba una voz íntima: «¿Es tuyo ese caballo?» Comiendo: «¿No es robada esa comida?» Sentía vergüenza de mí mismo. Cuanto más crecía mi probidad, más vehemente era. En seguida corrí á casa de la señora Firmiani. ¡Oh, Dios! Tío, sentí el corazón gozoso, y el alma voluptuosa, y las delicias de aquel día no se compran con millones. He sacado junto con ella la cuenta de lo que debía á la familia Bourgneuf, y me condené yo mismo á pagarle el tres por ciento de intereses, á pesar de que no opinaba que debía hacerlo mi esposa. Mi fortuna era insuficiente para saldar la suma total. Éramos entonces ambos demasiado amantes, demasiado esposos, si vale decirlo, ella para ofrecer y yo para aceptar sus economías...

—¡Hola! ¡Conque además de sus virtudes, sabe economizar esa mujer!



—No se burle usted de ella, tío; su posición la obliga á ser arreglada. Su marido se fué en 1820 á Grecia, donde hace tres años que murió; hasta ahora ha sido imposible adquirir la prueba legal de su muerte y procurarse el testamento que sin duda dictó en favor de su esposa, pieza importante que han robado ó ha sido extraviada en un país donde las certificaciones civiles no se libran como en Francia, y donde no tenemos cónsul. Ignorando si puede verse algún día en el caso de contar con herederos malévolos, es de rigor que observe en todo un orden extremo, pues quiere poder salir de su opulencia como Chateaubriand acaba de abandonar el ministerio. En cuanto á mí, abrigo propósitos de labrarme una fortuna que sea *mía*, para devolver su opulencia á mi mujer, si llega el caso de que se arruine.

—¡Y no me has dicho nada de eso, y no has acudido á mí!... ¡Ah! caro sobrino, imagínate que te amo bastante para satisfacerte crecidas deudas, en fin, deudas de noble hidalgo. Yo soy tío hasta lo inconcebible, y me vengaré.

—Conozco el modo que tiene usted de vengarse, tío; pero deje que me enriquezca yo por mi propia iniciativa. Si quiere que tenga algo que agradecerle en esta empresa, señáleme solamente mil escudos de pensión hasta que necesite algún capital para emprender cualquier negocio. Para que usted juzgue, soy tan feliz ahora, que no tengo más preocupación que la de vivir. Doy lecciones para no ser gravoso á nadie. ¡Si viera usted con qué placer he restituido la fortuna! Al cabo de algunas pesquisas dí con los Bourgneuf, que vivían en la miseria, careciendo de todo. Se hallaba esta familia en San Germán, habitando un tugurio. El padre, anciano, regentaba una administración de lotería, sus dos hijas se ocupaban en el arreglo de la casa y en escribir pliegos. La madre casi siempre está enferma. Las niñas son encantadoras; pero han conocido bien duramente el escaso valor que la sociedad concede á la belleza que no mima la fortuna. ¡Qué cuadro fui á buscar yo allí! Si entré siendo cómplice de un crimen, salí puro; he lavado la memoria de mi padre. No le juzgo, tío. Hay en los pleitos una pendiente tan rápida, y una pasión tal, que puede engañar muchas veces al más digno. Los abogados saben legitimar las pretensiones más absurdas; las leyes tienen silogismos benévolos para los errores de la conciencia, y los jueces están en el derecho de equivocarse. Mi aventura resultó todo un drama.

Haber sido la Providencia, haber realizado uno de esos sueños inverosímiles: «¡Si nos cayesen del cielo veinte mil libras de renta!», voto que hacemos todos con la sonrisa incrédula en los labios; apagar una mirada henchida de mudas imprecaciones, convirtiéndola en mirada sublime de gratitud, de asombro, de admiración; abrir la mano y derramar los dones de la opulencia en medio de una familia que se reunía la vispera á la luz de un mezquino quinqué, calentándose á un fuego de turba. No, la palabra es impotente para reflejar tal escena. Mi extremada justicia les pareció injusta. En resolución, si existe el paraíso, mi padre debe haber entrado gozoso en él. Por lo que á mí respecta, soy amado como no lo ha sido jamás hombre alguno. La señora Firmiani me ha dado algo más que la dicha, dotándome de una delicadeza que no habla en mi espíritu, á lo que presumo. Por eso la llamo *mi querida conciencia*, una de esas frases amorosas que responden á ciertas armonías secretas del corazón. La probidad obtiene su premio, y confío en enriquecerme pronto por mis propias fuerzas. Estoy estudiando la resolución de un problema industrial, y como lo consiga ganaré muchos millones en breve espacio.

—¡Oh! hijo mío, tienes el alma de tu madre—murmuró el viejo sin poder retener las lágrimas que humedecían sus ojos pensando en su hermana.

En eso estaban cuando les interrumpió el ruido de un carruaje que se detenía en la puerta. A pesar de la distancia que separaba la habitación de Octavio de la calle, tío y sobrino oyeron distintamente el rodar del coche.

—Es ella; conozco los caballos por la manera como se detienen.

En efecto, luego apareció en el umbral la señora Firmiani.

—¡Ah! murmuró con mohín de despecho, notando la presencia de Bourbonne; la contrariedad fué breve, y en seguida vagó una sonrisa por sus labios.—En fin, añadió, no estorba nuestro tío. Venía á arrodillarme humildemente delante de mi marido, para suplicarle que aceptase mi fortuna. La embajada de Austria acaba de enviarme el acta que prueba el fallecimiento de Firmiani. La certificación obtenida por el embajador de Austria en Constantinopla, está perfectamente en regla, y el testamento que guardaba el ayuda de cámara con el objeto de entregármelo va adjunto. Octavio,



todo lo puedes aceptar, todo es para ti.—Anda, tú eres más rico que yo, pues posees tesoros que únicamente Dios sabría aumentar—agregó la dama golpeando dulcemente el corazón de su marido. Después, no pudiendo ya con la felicidad de su alma, que era más fuerte que ella, ocultó la cabeza en el regazo de Octavio.

—Sobrina mía, en otro tiempo galanteábamos, hoy vosotras amáis—dijo el tío. Sois lo bueno y hermoso que hay en la humanidad; pues no se os puede hacer culpables de vuestras faltas, que proceden siempre de nosotros, de los hombres.

París, febrero 1831.



## DOBLE FAMILIA

---

Á LA SEÑORA CONDESA LUISA DE TURHEIM

en prueba de recuerdo y de respeto afectuoso

---

La calle de *Tourniquet-Saint-Jean*, en otro tiempo de las más tortuosas y oscuras del vetusto barrio que rodea las casas municipales, serpeaba á lo largo de los jardinillos de la prefectura de París, desembocando en la de *Martrou*, precisamente por el ángulo de un muro derribado ya hoy. Véase en este sitio el molinete que dió nombre á la calle y que no fué destruído hasta 1823, cuando la Ciudad mandó construir, con los terrenos de un huerto que pertenecía al municipio, una sala de baile para festejar al duque Angulema á su regreso de España. La parte más ancha de esta calle era hacia el extremo, por donde desembocaba en la de la *Tixeranderie*, y aun allí no tenía el arroyo más que cinco pies de anchura. Si el tiempo era lluvioso no tardaba en verse inundado por las aguas negruzcas el suelo, bañando hasta las paredes de las casas. Como no podían pasar por aquella estrechez los carros de la limpieza, contaban siempre con el auxilio del temporal los habitantes para despejar su calle del lodo que la obstruía. ¿Y cómo era posible que estuviere limpia? Cuando el sol de verano cae á plomo sobre París, iluminaba momentáneamente una franja de oro, tan sutil como el filo de un sable, las tinieblas de aquel callejón, sin que fuera